



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Teodoro Camino, 19-Entlo. 02002 Albacete. Tifs. 967 21 93 11 y 967 21 93 50. Administración: 967 21 00 00. FAX: 967 21 07 81. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tif. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración-Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/. Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tif. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tifs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Montegudo-Edificio 'La Verdad', 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07; Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. Edición electrónica: http://www.la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.lv@la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



Vocación de famosa



■ Vocación de famosa por medio sólo que sin suerte, la protagonista de nuestra historieta decidió manejar como oportuno emblema o bandera el bonito eslogan del *por mí que no quede*. Fracaso tras fracaso frente a la bolsa de la prensa del corazón, fue así solicitando tercamente, inútilmente, ocho millones por la exclusiva de su boda, cuatro millones por la de su embarazo, dos millones por la de su separación matrimonial... Pasado el tiempo acabó concediendo gratis una entrevista al modesto periódico en su pueblo editado.

■ Ver para creer. Ante las tiras de sus malísimos versos de tema amoroso, considérase su autor tocado privilegiadamente por el dedo de las musas, cuando lo que ocurre realmente -¡lo de siempre, Señor, lo de siempre!- es que el hombre bebe los vientos por su nueva compañera de la oficina, por cierto nada grácil, más bien tirando a pavisosa y sansiloré, en honor a la verdad sea dicho o escrito.

III
■ Tan pobre el mendigo caminante, tan vacío su hato, que, llegada su onomástica, tenía que utilizar la copa de un árbol del paisaje para su oportuno brindis.

IV
■ Bodegón de Murcia. Gazpacho de verano.

Los primeros calores acercan a la boca sedienta las glorias del gazpacho, en distintas recetas multiplicado, se gún ande por medio una u otra región.

De los atractivos del gazpacho, contar y no acabar. Ya el duque de Rivas, en su *Don Alvaro o la fuerza del sino* hace entrar en escena a una moza, portando una fuente de gazpacho, ponderando gozosa: «¡Aquí está la gracia de Dios!». Muchos años más tarde, Claudio de la Torre rueda *La blanca paloma*, película protagonizada por Juanita Reina, en la que en una canción se exaltan las cualidades de un gazpacho de pepino. Pepino aparte, entran en la composición del murciano, tomate, ajo, orégano, pimentón, vinagre, agua y sal, amén del correspondiente pan del día anterior. Con tales elementos, ¿no está garantizado el éxito de tan sugestiva receta.



V
■ Lloro desconsolada la viuda del segundo piso. Goteras en el primero.

VI
■ No tuvo muñecas de niña la que, más tarde, hijos coleccionaba.

VII
■ ¿Conocía el hombre aquellos versos de García Lorca en los que alguien solicita: «Compadre, quiero morir/decientemente en mi cama»? Se

VIII
■ Se miraba al espejo, satisfecho de recibir la salutación mañanera del mejor amigo que tenía: él mismo.



IX
■ No fue del todo el familiar fallecido. Dejó para siempre su mirada estampada en los cristales de aquellas gafas que ya nadie se atrevería a utilizar y menos a arrojar al contenedor de objetos inútiles.

—¡Que me cortes los enchufes, de rodillas te lo pido!

—Hazlo tú mismo. Anda, prueba...

Probó. A la inicial desesperación, a la angustia anhelante de sentir la respiración amordazada, siguió pronto una imprevista sensación de sosiego y bonanza. En contra de lo que esperaba, no percibía ya desaliento alguno. Vencidos sus celos, apagados sus miedos, comenzaba a ser ganado por una calma total, a la vez que una fresca luminosidad, un fulgor tamizado, traluz de alba, le envolvía plácidamente. A lo último, Dios iba a concederle al hombre la merced de morir a gusto. Decentamente al menos.

supone que no. De cualquier modo, aquí queda su triste historia.

Lo intubaron. Entubar, decía él. No le valieron coplas al hombre, lamentos, tacos, rebeldes bramidos así como de tigre en celo. Y una vez derrotado, prisionero de un endiablado embrollo de cables, vuelta la mirada hacia adentro, hacia las grutas del entendimiento, hacia las profundidades del alma acaso, resultó que, a saber por qué sedantes o mejunjes advirtió que ya no estaba el hombre en el ámbito malhadado, siniestra estancia aborrecida; ni acostado en su otra habitación de la planta cuarta, compartida con un anciano desconocido, moribundo y pedorro; ni siquiera en su cuarto de la residencia de la tercera edad, de donde procedía. Veíase ahora, de pronto, insertado en su paisaje de la huerta, descansando tan a gusto al amor de una frondosa higuera, como un trono de aliviadora verdura, y de pronto había de atender a unos pasos familiares, andares entrañables de la Pascuala, su mujer.

—Anda, Pascualica, quítame los tubos.

La Pascuala dijo que bueno, pero de pronto la Pascuala ya no estaba porque, muerta en olor de juventud todavía, la Pascuala

podría tierra desde hacía muchos años.

—Pascualica, no te vayas.

La Pascualica no contestaba.

...Programada su muerte, enmendándole la plana a Dios, el hombre había sido intubado, centro y cogollo así de un complicado sistema de siniestros canales, maraña de conductos, fría madeja de cables, prolongadores de su agonía. Menos mal que a la Pascuala le placía visitarle cada noche. Cerrando los ojos el hombre, la veía avanzar graciosamente, enamoradamente, pasito corto de paloma zurita, tan poquita cosa, como siempre, y más de joven, niña casi, antes de ganar aquellos kilos, no muchos, con destino a cintura y culo. Y ya él dejaba de ser entonces el hombre débil y amenazado, para descansar a gusto a la sombra entrañable, fuente de toda ternura, de la mujer.

—Anda, Pascuala, córtame los tubos.

—No tengo poder.

Sólo soy un producto de tu imaginación.

—Di mejor que no quieres.

Ay, no comprendes nada. ¿No ves que sólo vengo a resultar un sueño tuyo

Así, una y otra vez

■ ¡Estas torpes, inevitables dudas nuestras, tales las de Laocoonte en *La Eneida*, libro II, v. 49, ante el ejemplo del niño tímido, de todos desamparado, que nos solicita la limosna que luego gastará en porros, y el de la dulce y desvalida muchacha, en el portal de la iglesia vendiendo las flores que roba dentro!

